CRISTINA PRADA

LAS NOCHES EN LAS QUE EL CIELO ERA DE COLOR NARANJA

esencia

Las noches en las que el cielo era de color naranja

Cristina Prada

Esencia/Planeta

© Cristina Prada, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Andrei Aleshyn – Shutterstock

Primera edición: octubre de 2016
ISBN: 978-84-08-16135-6
Depósito legal: B. 18.082-2016
Composición: David Pablo
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

—ÆN-226-TH —murmuro para mí mientras paso el índice por la hilera de ejemplares perfectamente ordenados en la estantería—, EN-226-TH...

La balda se termina y no encuentro el libro. Frunzo el ceño y miro a mi alrededor. Debo de haberme equivocado. Giro sobre mis pies y regreso al pasillo principal. Examino el letrero con flecha incluida. Efectivamente, no sólo me he equivocado de estantería, sino también de sección.

Silver, eres un absoluto desastre, me digo.

Avanzo unos pasos inspeccionando a ambos lados, y, al fin, encuentro el pasillo de clásicos contemporáneos ingleses. Asiento suavemente y me adentro en él. Sin embargo, apenas he caminado un par de metros, cuando doy un respingo y, con rapidez, regreso al corredor principal. ¡Hay una pareja montándoselo en el suelo!

—Lo... lo siento —tartamudeo a la vez que rompo a reír.

Lo hago siempre que estoy nerviosa. Mi padre dice que es una costumbre adorable, pero no creo que sea una opinión imparcial.

—¿Sophie? —oigo que me llaman cuando ya me he alejado varios metros.

Me freno sorprendida por haber oído la voz que acabo de oír y me vuelvo de nuevo.

—¿Sarah? —pregunto extrañada, mirando cómo mi mejor amiga y compañera de piso se revuelve para tratar de colocarse bien el sujetador y bajarse la camiseta debajo de un chico con pinta de jugador de fútbol universitario—. ¿Qué haces ahí?

—Despedirme de Preston —responde ajetreada mientras los dos se levantan.

Observo al muchacho más concienzudamente.

—¡Ése ni siquiera es Preston! —me quejo.

—Me voy a Kosovo —gimotea ella como si eso le diera una gran carta blanca sexual.

El chico termina de arreglarse la ropa y recoge su mochila del suelo.

—Adiós —le despide Sarah pizpireta dedicándole una enorme sonrisa.

—Adiós, preciosa —responde él echando a andar.

Espero a que se marche y vuelvo a prestar atención a Sarah, que se sacude enérgica la falda.

—¿Sabe el verdadero Preston que ya tienes un nuevo Preston? —comento socarrona.

—¿Por qué seguimos hablando de él? Ya es historia —comenta emprendiendo la marcha.

La sigo.

—¿El nuevo o el viejo?

Sarah se frena en seco y me hace un mohín. Yo le dedico mi mejor sonrisa en absoluto arrepentida y ella acaba haciendo lo mismo.

—¿Nos vamos a comer? —inquiere deteniéndose de nuevo, esta vez frente a la pantalla de un portátil apagado sobre una de las mesas de estudio, que utiliza como espejo improvisado para arreglarse su melena rubio ceniza—. Penny ya debe de estar esperándonos.

Niego con la cabeza.

—Adelántate tú. Yo iré en cuanto pueda. Tengo esa entrevista con el profesor Masterson, ¿recuerdas?

—¿Por las jornadas? —especifica recogiendo su bolso y acercándose a mí.

—Sí, hoy me dirán si soy una de las ponentes.

Las jornadas en realidad son las «Jornadas de Autores Noveles de Nueva York» que organiza cada año la Universidad de Columbia. Conseguir una ponencia en esas jornadas es el mejor escaparate que una escritora novel como yo puede obtener en esta ciudad. El reconocimiento es prácticamente inmediato.

—La verdad es que estoy un poco nerviosa —confieso.

Sarah suelta un bufido.

—Vas a conseguir una ponencia, porque eres una excelente escritora —me anima sin asomo de dudas—. Yo todavía tengo fantasías con Liam.

Liam Hamilton es el protagonista de mi primera novela. Una pequeña editorial se ha interesado en ella y, si todo sale bien, saldrá publicada en unos meses. Dentro de dos semanas me reuniré por primera vez con ellos y me presentarán a mi editora.

No tengo más remedio que volver a sonreír ante su comentario y juntas regresamos a nuestra mesa en la sala de estudio de la biblioteca.

—Pues, entonces, ¿nos vemos en el restaurante?

Asiento.

—Qué remedio —bromeo.

Ella me dedica un nuevo mohín.

—Me caes fatal —se queja.

—Tú, a mí, peor —respondo fingidamente seria.

—Yo te odio a muerte.

—Yo soborné a la junta que concede las becas para que te la dieran en un país en guerra.

Sarah me mira alarmada y yo no puedo evitar echarme a reír. Un joven que trata de leer a unas sillas de distancia me asesina con la mirada y la risa se me corta de golpe.

—Lárgate —le susurro divertida a Sarah.

Ella sonríe y finalmente se marcha.

Voy a echarla mucho de menos. Todavía no puedo creerme que ganara la beca de periodismo Woodward-Frankel, aunque lo cierto es que ha sido algo merecidísimo. Su trabajo de investigación sobre el conflicto en la exYugoslavia es brillante. No tuvo rival. Fuimos a Washington, para la ceremonia, con su padre y su hermano Michael. Los dos estaban muy contentos, pero también un poco preocupados. Esa beca significa que se marchará seis meses a Kosovo. Ése siempre ha sido el sueño de Sarah, ser reportera de guerra, y estoy segura de que se convertirá en una extraordinaria.

Termino los textos en los que estoy trabajando y poco después

de la una recojo mis cosas y salgo de la biblioteca. Mientras bajo la escalera, no puedo evitar sonreír. Éste es mi edificio favorito en toda Nueva York. No sólo porque esté lleno de libros, sino por su arquitectura. Es majestuoso y sencillo al mismo tiempo, realmente precioso. Además, me encanta que esté dentro de Bryant Park. Eso lo hace aún más mágico.

Rodeo la construcción y atravieso el parque para poder llegar a la parada de metro de Times Square con la 42.

Esquivo a una decena de turistas que contemplan admirados los jardines y sonrío cuando me cruzo con una excursión de preescolares. Todos van agarrados a una cuerda que la profesora sujeta en un extremo. Seguro que también van a la biblioteca.

Mi recién estrenado iPhone comienza a sonar. Lo saco del bolso y suspiro nerviosa al ver el nombre del profesor Masterson en la pantalla. Instintivamente miro el reloj. No llego tarde.

Me desvío por uno de los senderos con el móvil en la mano para tener algo de intimidad. Sólo espero no encontrarme a una pareja montándoselo, sería la segunda en lo que va de mañana.

—¿Diga?

—¿Sophie Silver?

Asiento.

—Sí —respondo nerviosa al darme cuenta de que no puede verme.

—Soy el profesor Masterson. Te llamaba a propósito de nuestra reunión de esta mañana.

—Estoy a punto de llegar —me disculpo, aunque no sé por qué lo hago. Aún faltan treinta minutos.

—No te preocupes. Ya no es necesario que vengas.

Me freno en seco. Sabía que no lo tenía fácil para conseguir una ponencia en esas jornadas, pero nunca imaginé que ni siquiera quisiesen escucharme.

—Profesor Masterson —lo llamo intentando reordenar mis ideas lo más rápido posible.

No puedo perder esta oportunidad. Tengo que convencerlo, aunque sea por teléfono.

—Expondrás el día 23 —me interrumpe.

¿Qué? ¿En serio?

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

—Eres mi apuesta personal —me advierte—. No me decepciones.

—No lo haré —respondo convencida sin dejar de sonreír, casi reír.

—A finales de semana recibirás toda la documentación. Nos veremos a principios de la que viene y empezaremos a trabajar en tu presentación. Enhorabuena, Sophie.

—Muchas gracias —contesto entusiasmada.

Cuelgo y comienzo a dar saltitos y palmaditas. ¡Es una pasada! ¡Estoy feliz! ¡Bien! ¡Bien! ¡Bien!

—Parece que te han dado una buena noticia.

Su voz me detiene de golpe y automáticamente mis mejillas se tornan de un rojo más que brillante. Joder, creía que estaba sola.

—No pares —continúa burlón—. Estaba siendo de lo más divertido.

¿Se está riendo de mí?

El enfado acaba de sustituir al bochorno. Me giro despacio y alzo la cabeza. Sin embargo, cuando al fin lo tengo delante, vuelvo a quedarme ridículamente inmóvil.

—Soy Reese —se presenta lleno de impertinencia, confirmándome que, en efecto, acaba de reírse de mí, y mirándome directo a los ojos con los suyos increíblemente azules.

Tras un momento aparta la vista, como si supiese con exactitud lo que acaba de provocar en mí, y le da un trago a su botellita de agua. Sin quererlo, mis ojos vuelan hasta sus labios. Son muy sensuales.

—Pensé... pensé que estaba sola —me excuso obligándome a dejar de mirarlo.

Es muy atractivo. Tiene el pelo castaño y su rostro parecería algo aniñado si sus ojos no borraran por completo esa idea. Son azul oscuro, misteriosos, duros, incluso fríos, y es del todo imposible no quedarse embobada con ellos.

Debe de estar corriendo por el parque. Su pantalón deportivo

y su camiseta, los dos en tonos grises, lo delatan. Además, su respiración está suavemente agitada y su armónico torso se levanta arriba y abajo.

¿Cómo será ese torso sin camiseta?

¡Silver!

¿Qué demonios me pasa?

Él sonríe; está claro que le divierte el mal rato que estoy pasando y, de alguna manera, eso me activa. No estoy aquí para alegrarle la mañana a nadie, por muy guapo que sea.

—¿Sabes? —comento insolente—. Es de mala educación escuchar las conversaciones ajenas.

Giro sobre mis pies y doy el primer paso dispuesta a volver al sendero principal.

—¿No vas a contarme la buena noticia? —pregunta ignorando por completo lo que acabo de decirle.

Suena de lo más impertinente, incluso antipático.

—No —contesto volviéndome de nuevo.

¿Quién se cree que es?

—Una lástima —añade perdiendo su vista al frente—. Apuesto a que era algo muy emocionante —sentencia socarrón, riéndose claramente de mí una vez más.

¡Qué capullo!

Cómo me gustaría poder gritarle que acaban de concederme el premio Pulitzer y el Nobel de Literatura y que me ha tocado el superbote de la lotería, todo a la vez.

—Pues la verdad es que sí que lo es —replico malhumorada.

Se atrapa el labio inferior con los dientes, apenas un segundo, en un gesto muy sexy, y una media sonrisa dura, incluso un poco arisca, se cuela en su sensual boca. De pronto me cuesta recordar si estoy enfadada o no. Acabo de darme cuenta de que deberían prohibirle morderse el labio y sonreír por el bien de todas las mujeres de la humanidad.

—¿Por qué no vienes hasta aquí y me lo cuentas? —me propone presuntuoso, como si tuviese que agradecerle que esté dispuesto a pasar unos minutos conmigo—. Puedes acercarte dando más saltitos y palmaditas.

Tendría que haber tomado clases de defensa personal. Ahora podría dame el gusto de tirarlo al suelo de una patada.

—No pienso ir a ningún sitio —contesto muy digna—. No soy el entretenimiento de nadie, y mucho menos el tuyo.

—Permíteme dudarlo, muñeca —replica áspero y aún más arrogante.

Pero ¿qué...?

—¿Acabas de llamarme *muñeca*? —inquiero molesta y muy muy sorprendida. ¡No nos conocemos! ¿Cómo es capaz de tomarse esas confianzas?

—Me gusta ese vestido —añade sin suavizar un ápice su tono, ignorando mi enfado por completo— y no sé si ha sido en las palmaditas o en los saltitos cuando me ha gustado todavía más.

De forma automática me llevo las manos al bajo de la prenda. Hago memoria. No he hecho ningún movimiento especialmente brusco. No puede haberme visto nada. La dignidad bulle en mi garganta, pero entonces sus ojos se encuentran con los míos y, de forma inexplicable, todos esos sentimientos se diluyen.

—¿Cómo te llamas?

Su voz es ronca y muy masculina, y poco a poco va llenándose de calidez.

No es una pregunta, es una suave orden e instintivamente algo dentro de mí percibe la diferencia.

—Sophie, Sophie Silver.

De pronto me doy cuenta de lo nerviosa que estoy.

—¿Y a qué te dedicas, Sophie?

Mi nombre en sus labios suena diferente.

—Soy... soy escritora —respondo tratando de comportarme como una adulta de veintiséis años y no como una cría de quince.

—¿Qué tipo de novelas?

—Romántica —contesto en un golpe de voz.

Él vuelve a atrapar su labio inferior con los dientes y me dedica otra vez esa media sonrisa de la que es imposible escapar.

—¿Y tú?

No sé por qué lo pregunto. No me interesa lo más mínimo. ¡Qué frustrante!

—Creo que no voy a decírtelo —responde arrogante sin que la sonrisa lo abandone—. Vengo a correr aquí todos los días a la misma hora. Si mañana te portas mejor, quizá te lo cuente.

¡Esto es el colmo! Pero ¿quién se cree que es?

Abro la boca dispuesta a llamarlo de todo. Estoy furiosa. No me conoce y se ha reído de mí prácticamente con cada frase. Apremio a mi cerebro para que diga algo inteligente que lo deje a la altura del betún, pero se niega a colaborar.

Él gira sobre sus pies y, derrochando toda esa presuntuosa seguridad, echa a correr y desaparece por el sendero parque a través.

¿Qué ha pasado? Y, sobre todo, ¿por qué demonios no he sido capaz de reaccionar? Observo con el ceño fruncido el camino por el que acaba de irse. Es demasiado guapo. Por un instante no puedo pensar en otra cosa.

Cabeceo de nuevo y resoplo con fuerza mientras me obligo a volver al sendero principal. Vale, es muy guapo, pero también antipático, arisco y muy arrogante. En una palabra, es *odioso*, así que no pienso malgastar un solo segundo más pensando en él.

Salgo del parque, cojo el metro y me reúno con las chicas en la terraza del Delightful, el pequeño restaurante donde trabajo.

—Explícame otra vez por qué venimos a almorzar a este sitio —inquiero malhumorada, quitándome el bolso y dejándolo en una de las sillas a la vez que me siento en la contigua—. Trabajo aquí. Es el último lugar donde quiero pasar mi tiempo libre.

Mi pregunta es exclusivamente para Penny, porque sé que ha sido idea suya y, sobre todo, porque ella también trabaja aquí. De hecho, así fue como nos conocimos hace ya dos años.

—Precisamente porque trabajamos aquí —responde sin asomo de dudas—. Sé cómo de limpia está la cocina. ¿No visteis el documental del Discovery Channel?

—Yo no veo documentales de comida —responde Sarah mientras coge su Coca- Cola *light* con mucho hielo y dos rodajas de limón y bebe un sorbo.

—Tú no ves el Discovery Channel —replico.

—Estás de muy buen humor —me dice Penny con una sonrisa socarrona en los labios.

Tiene razón. Estoy de un humor de perros. Tuerzo el gesto y apoyo las dos manos sobre los brazos de la silla para incorporarme mínimamente y cruzar las piernas al estilo indio.

—Una Coca-Cola *light*, por favor —refunfuño cuando veo acercarse a Nick, otro de los camareros del Delightful.

—¿No te ha ido bien con el profesor Masterson? —pregunta Sarah.

—Me ha ido muy bien —me obligo a contestar.

Entonces ¿por qué estoy tan enfadada? Debería estar dando volteretas triples de alegría.

—Seré una de las ponentes de las jornadas —añado.

Sarah y Penny se miran boquiabiertas.

—¡Pero eso es genial, idiota! —me grita Sarah.

—¿Y por qué estás cabreada? —continúa Penny con el ceño fruncido.

Eso me gustaría saber a mí. En realidad, estaba felicísima hasta que me he encontrado con ese tío tan odioso en el parque. Me pongo los ojos en blanco mentalmente. No pienso dedicarle un segundo más de mi tiempo.

—Vamos a celebrarlo —propongo con una renovada sonrisa reconduciendo la conversación y cada uno de mis pensamientos.

Cojo mi refresco de la mesa y lo alzo para brindar.

Soy feliz, muy feliz. Lo más parecido a un oso amoroso hasta arriba de Prozac el día de su cumpleaños.

Las chicas también sonríen y enseguida me imitan.

—¡Por nosotras! —grita Penny.

—¡Por nosotras! —repetimos.

Cuando terminamos de comer, me he reído tanto que, aunque lo hubiese tenido clarísimo, ahora tampoco podría recordar por qué estaba tan enfadada.

Penny se queda en el Delightful, su turno empieza en diez minutos, y Sarah y yo regresamos dando un paseo al Village. No podemos resistirnos y acabamos entrando en una docena de tiendas. Sarah nos disculpa diciendo que necesita algunas cosas de última hora que llevarse a Kosovo, pero creo que el bikini que se compra en Forever 21 y mi vestido nuevo de TopShop no entran

precisamente dentro de lo que una corresponsal de guerra de prestigio llevaría en su maleta.

—Voy a la tienda del señor Liang —le anuncio a Sarah a unas manzanas de nuestro edificio—. Nos hemos quedado sin pan de molde.

Ella asiente.

—Compra algo de fruta.

Ahora la que asiente soy yo.

Las dos comenzamos a andar en direcciones opuestas, pero, cuando apenas nos hemos separado unos pasos, Sarah se gira de nuevo.

—Trae también cereales —me pide señalándome—... y mantequilla de cacahuete —recuerda—... y una botella de Absolut Mandrin.

—¿Algo más? —pregunto burlona.

—Son todos alimentos de primera necesidad —se defiende—, y el vodka es para emborracharnos. Me quedan tres días aquí y tenemos que vivirlos al máximo.

Da una palmada y lanza el puño al aire a la vez que suelta un grito a lo animadora de instituto, lo que provoca que un par de chicas que pasan junto a ella la miren como si acabara de bajar de un platillo volante. Ella se encoge de hombros y yo no puedo evitar sonreír justo antes de dirigirme definitivamente a la tienda.

Espero mi turno para pagar con una caja de Capitán Crunch bajo el brazo y las manos ocupadas con todo lo demás. La amable ancianita que tengo delante ha decidido pagar con un arsenal de monedas de cinco centavos que lleva en su viejo monedero. Pongo los ojos en blanco. Me quedan horas en esta cola.

Resoplo aburrida y reviso la tienda con la mirada perdida. El *stand* de revistas llama mi atención. Me fijo con más detalle y estoy a punto de sufrir un colapso nervioso. ¡Es él! ¡El odioso impertinente con el que me encontré en el parque! ¡Y está en la portada de la revista *Esquire*!